

Yo estaba atónito; sin dar crédito a mis ojos. Pensaba que todo era un sueño. Que dentro de unos momentos, esta maravillosa visión desaparecería y nuevamente volvería a encontrarme terminando mi café en casa del Tío Pepe, pero una voz me sacó de mi abstracción estática. Una voz varonil, bien timbrada que con inflexiones cariñosas me invitó a seguir adelante.

Llegamos por fin a la puerta del castillo; creí reconocerlo, pero nada dije. Me parecía familiar su arquitectura y hubiera jurado que aquellas torres almenadas, aquel cuerpo de la fortaleza que sobresalía desafiante cimentando la alta Torre del Homenaje, los había visto ya. También la bandera que ondeaba en lo más alto, me pareció ser antigua conocida mía.

Nos esperaban servidores ricamente vestidos que se precipitaron hacia el caudillo moro, teniéndoles los estribos de plata. Descabalgó y acercándose a mí, por vez primera, hizo ademán de que debía seguirle al interior.

Entramos y por una granítica y fuerte escalera adornada con arabescos, llegamos ante una claverada puerta que se abrió al instante. Siempre detrás del moro, entramos a un espacioso aposento lujosamente adornado al estilo oriental.

Ví moros notables, guerreros curtidos en cien batallas, guardias de corps de negra tez con el torso semidesnudo, armados con cortantes alfanges... Todos nos dejaron abierto el camino al mismo tiempo que saludaban al modo musulmán.

Sin detenerse el moro, subió a un estrado que presidía la estancia y sentándose en un sillón dorado y carmín, me ofreció un escabel a su derecha.

Por fin habló el caudillo árabe. Sus primeras palabras consiguieron serenarme. Entendí que nada malo iba a sucederme y me dispuse a escuchar con atención, para no perderme una sola palabra.

—Cristiano—empezó—esto que acabas de ver; este Paraíso de verdor y de fragancia; estas fuentes y esta maravillosa campiña, son mi Caudete. El Caudete de 1238. El Caudete que esperaba, anhelante y temeroso, la guerra contra D. Jaime Primero de Aragón, y este castillo con los ejércitos que ves aquí, es la fortaleza, el vigía y la defensa de tantas glorias terrenas, como ha sido servido Ahlá de concedernos...

Debió ver salirme el asombro a la cara y el brillo de la curiosidad y la tensión en mis ojos, porque continuó diciéndome:

—... No te asombres, cristiano. Así de hermoso era mi pueblo hoy tuyo. Así de hermoso lo defendí de quien quería mi ausencia. Así de hermoso lo ví por última vez, con niebla de llanto en mis ojos.

Yo me emocioné, ante el suspiro que quebró en un susurro su trémula voz, pero él rehaciéndose, continuó:

—... Yo te diré quien soy y cuánto el infortunio se ha cebado en mi estirpe, cambiando estos vergeles en secos desiertos africanos... Yo soy Mohamed-Bén Zoar, Abenzoar para los cristianos. Señor de Caudete al paso de más de treinta generaciones de guerreros y padre amantísimo de Zelauro, este bizarro y diestro mozo que ves de pie, a mi lado...

Dirigí mi vista a donde señalaba y ví que eran ciertas sus palabras. Un alto y varonil guerrero que permanecía en silencio, ofrecía la más cumplida muestra del caballero moro. Era fuerte y membrudo, adivinándose unos poderosos músculos y una felina agilidad, bajo el sedoso caftán. El arma fulgurante al cinto y su

mirada de águila, no bastaban a encubrir totalmente, la nobleza de los sentimientos que reflejaba su rostro.

Sin darme tiempo a mayores meditaciones, oí de nuevo su voz. Esta vez sonaba briosa con acentos juveniles

—... Yo amé a Caudete más que a tierra alguna en el Mundo. Aquí nací y aquí nacieron mis padres y mis hijos. Aquí trabajé gobernando lo que era un Edén. Aquí nació también mi esposa, madre de Zelauro, de noble y limpia estirpe. Sólo el dolor de dejarlo era comparable al amor que sentía y mi brazo y el de mis fieles guerreros, se aprestaron a la defensa...

La voz perdió su brío, convirtiéndose en un lamento emocionado.

—... La Fortuna, veleidosa, nos fue adversa y en la postrera batalla fuimos vencidos por el Rey Don Jaime y humillado nuestro orgullo sarraceno. En la desgracia Don Rodrigo y Don Artal de Alagón, fueron nuestros valedores. Suplicamos, ofrecimos, lloramos incluso, pero todo fue en vano. Alararque en Valencia, fue la gota de acibar que rebosó la paciencia del Soberano Aragonés. Con su insurrección nos legó el mal del destierro. (1).

¡Aún se nubla mi mente y se angustia mi corazón con el recuerdo!

¡Aún está abierta y sangrante mi herida que, por no ser del cuerpo, ni el tiempo cura! ¡Ay! Cristiano: ¿Cómo no había de pronunciar en esta hora negra de desdicha, según los versos que me atribuíis «Mi bien y dicha está en Caudete»?

Si tú, en un momento que lo has contemplado, ya estás preso de su hechizo ¿cómo estaría yo con la amargura de su abandono? Si el aire y el Sol de Caudete, eran toda mi vida ¿cómo quieres que el grito desgarrado de la despedida selle mis labios? Donde está tu tesoro, allí está tu corazón ¿y mi tesoro, no era Caudete?...

Que esto tú comprendas espero. Que esto a los tuyos digas y de ellos consigas el perdón de mi grito desesperado, nacido del amor a este pueblo. Que entiendas que otras palabras no pude jamás pronunciar porque irme, era arrancarme el alma y mi desesperación fue terrible...

Quedé suspenso. No podía articular palabra y sólo veía la inmensidad de un profundo dolor; la tragedia del desgarrón tremendo del alma de Abenzoar, de Zelauro y de los moros que habíanse tornado tristes como por ensalmo.

De pronto, púsose en pie. Todos los guerreros se levantaron y sin transición alguna nos encontrábamos en la puerta del castillo. Allí aguardaban ya las huestes a su caudillo. Montaron a caballo y emprendieron el camino de la Inmortalidad dejándome solo.

Antes de desaparecer cabalgando entre las nubes, volvióse por última vez Abenzoar. Agitó el brazo y aún pude percibir sus palabras.

—Si mis palabras son mi condena, bendita condena que nace del amor. Esta fue la última imagen que conservo de Almazán.

Yo quedé emocionado; deseoso de transmitir el mensaje a mis paisanos implorando el perdón para un MORO CON CORAZÓN DE CAUDETANO.

Iba a volverme, cuando sintiendo un leve roce en mi hombro, escuché la queridísima voz de mi Luis-Felipe que me decía:

—Papá, levántate que ya es tarde. Ponte el traje de moro y trae la Virgen.

ANDRÉS BAÑÓN

(1) N. del A.—Los hechos que narro están tomados de los «Autos Sacramentales» de Juan Bautista Almazán, año 1558.